

Capítulo 8

Las tensiones entre el movimiento de masas y la vía institucional: un análisis del movimiento “Chile despertó”

Lidia Yáñez-Lagos

Resumen

El presente ensayo tiene por objetivo analizar la tensión entre la institucionalidad y el movimiento de masas a partir del caso del movimiento ‘Chile despertó’, desarrollado desde octubre 2019 hasta marzo del 2020. Para esto inicia con una lectura del contexto post-transicional chileno y la reemergencia de movimientos sociales en este marco. Posteriormente, profundiza en el desenvolvimiento de dos de los movimientos más importantes en las últimas décadas dando cuenta de sus tensiones con lo institucional: el movimiento estudiantil y feminista. En un siguiente apartado, explora la emergencia del movimiento Chile despertó y sus características, intentando develar las razones de la masividad y el rol de personas no politizadas ni organizadas en ello. El texto finaliza con unos comentarios sobre los recientes resultados del proceso constituyente emprendido como consecuencia de estas protestas, revelando algunas claves para analizar las posibilidades y límites de la institucionalidad para dar salida a las demandas del movimiento de masas.

Palabras clave: ‘Chile despertó’, desafección política, pertenencia movimiento de masas, vía institucional, movimiento feminista, movimiento estudiantil.

Citar como:

Yáñez-Lagos, L. (2023). Las tensiones entre el movimiento de masas y la vía institucional: un análisis del movimiento “Chile despertó”. En F. Parra y M. Cristeche. (Eds.). *Desigualdades, resistencias y derechos en Latinoamérica y el Caribe* (pp. 208-229) Religación Press. <http://doi.org/10.46652/religacionpress.22.c38>



Introducción

El 18 de octubre de 2019 comenzó una revuelta sin precedentes en Chile, país considerado un experimento neoliberal exitoso que fue usado como referente para la instauración de este modelo en el resto del continente (Urzúa & Calderón, 2020). Lo que se inició como un llamado a evadir el costo del pasaje del metro debido al alza constante que había experimentado en los últimos años, terminó convocando a más de 1.5 millones de personas en las calles (BBC, 2019) exigiendo la salida del expresidente Sebastián Piñera y una transformación radical del régimen de desigualdad imperante. La emergencia de esta ola de protesta fue una sorpresa para los analistas contemporáneos, quienes antes de este movimiento diagnosticaron una descomposición cultural y apatía política que difícilmente conduciría a una movilización de masas. Por eso, el movimiento fue denominado rápidamente “Chile despertó” debido a la súbita rebelión de un país que había vivido más de 30 años con un modelo neoliberal.

Una de las consecuencias más importantes del movimiento fue impulsar un proceso de cambio de la constitución de Pinochet que imperaba en el país desde 1980 y fue impuesta en medio de la dictadura. Esta constitución fue un elemento fundamental en la consolidación de las políticas económicas de los ‘Chicago Boys’¹ que propugnaban un modelo neoliberal aún más extremo que en EE. UU. donde se había originado esta doctrina. Frente al desborde de la protesta y la amplitud de las demandas y sentidos del movimiento de masas, la salida institucional fue propuesta por parte de la clase política como una forma de asegurar la estabilidad institucional del país. Después de dos años un nuevo texto constitucional fue creado y votado en el plebiscito del 4 de septiembre del 2022, el cual dio un amplio triunfo a la opción “rechazo”

1 Un Grupo de economistas denominado así porque la mayor parte de ellos estudiaron en el departamento de economía de la Universidad de Chicago bajo la tutela de Milton Friedman y Arnold Harberger.

donde cerca de un 61% de los votantes desaprobaron la nueva constitución. Así, el proceso chileno entrega interesantes luces acerca de la relación entre institucionalidad y movimientos de masas que puede ser ilustradora para el continente latinoamericano.

El presente ensayo presenta un análisis del movimiento Chile despertó, considerando las tensiones entre la institucionalidad y el movimiento de masas. Para esto inicia con una lectura del contexto post-transicional y la reemergencia de movimientos sociales en este marco, indagando las razones que llevaron a las masas sin experiencias organizacionales previas a participar de forma masiva en las protestas. Posteriormente, profundiza en la potencia del feminismo para conducir y dotar de contenido este proceso político como un ejemplo de esta tensión entre lo institucional y los movimientos sociales. En un siguiente apartado, explora la emergencia del movimiento Chile despertó y sus características, intentando develar las razones de la masividad y el rol de personas no politizadas ni organizadas en ello. El texto finaliza con unos comentarios sobre los recientes resultados del proceso constituyente inicial finalizado con el plebiscito del 4 de septiembre del 2022.

La descomposición cultural y política de la post-transición chilena y la reemergencia de los movimientos sociales estudiantiles

A contrapelo del crecimiento económico motivado por el auge del cobre, el Chile post-dictadura careció de un relato común respecto al pasado dictatorial, lo que tuvo como consecuencia la disgregación de la imagen como país, el debilitamiento de la pertenencia cultural, la desconfianza y el “miedo al otro” (PNUD, 1998, 2002). Análisis de la época afirmaron que, ante la debilitación del trabajo y la política como ejes identitarios, el consumo pasó a mediar la integración cultural de los chilenos donde el mall se concibió como un espacio de encuentro y de pertenencia con otros (Moulian, 2002) y la clase media pasó del estatus de ciudadano al de consumidor (Espinoza et al., 2013). Pero, pese a que el

modelo económico instaurado en dictadura logró una hegemonía fáctica en los sujetos en base al consumo y el endeudamiento, la falta de una narrativa histórica hegemónica provocó una tendencia a la desmovilización, privatización y desinterés político (Araujo & Martuccelli, 2012).

En este marco, la movilización política en Chile fue entendida por largos años como una excepción. Valdivia, Álvarez y Donoso (2012) afirman que las transformaciones impuestas en dictadura emprendieron una “guerra social” con el fin de debilitar la acción colectiva de los actores constituidos en el período histórico anterior, en otras palabras, clases obreras y medias (Valdivia, Álvarez, & Pinto, 2006). Aun así, la acción colectiva reemergió después del golpe, durante las jornadas de protesta desde los años 1983-86, donde diversos movimientos sindicales, poblacionales, estudiantiles, feministas, entre otros, se articularon en contra de la dictadura. Esto que fue llamado la transición invisible a la democracia (Garreton, 2001) se interpretó como un proceso de reconstitución de la orgánica social (Bengoa, 1987). Sin embargo, después de la caída del gobierno militar, la transición buscó incorporar a estos movimientos a los arreglos institucionales negociados para asegurar la estabilidad democrática (Goicovic, 1996), perdiéndose su potencial desestabilizador.

Durante los 90, la incipiente emergencia de protestas estudiantes y del conflicto minero de Lota fueron interpretados como continuidades de movimientos articulados en el período nacional-popular que compartían por ello las orientaciones políticas de esta época (Ruiz y Boccardo, 2015). En este marco, la rearticulación de los movimientos estudiantiles en la década del 2000 llamó la atención por sus características y demandas las cuales eran diferentes a las de las olas de protestas anteriores. Con antecedentes en el ‘mochilazo’ del año 2001, los movimientos estudiantiles del 2006 y el 2011 destacaron por diversas razones. Una de ellas fue su masividad, la convocatoria de las protestas del 2011 alcanzó más de 100.000 personas solo en Santiago (BBC, 2011), transformándose en la protesta más grande desde las jornadas de

protesta en dictadura. La segunda característica fueron sus demandas radicales. La demanda por educación pública de calidad y la crítica al lucro derivado de la provisión privada o semiprivada de educación se interpretaron como demandas que apuntaban a transformar aspectos centrales del modelo económico, político y social impuesto en dictadura (Ruiz, 2006; Ruiz & Sáez, 2012) y exigían un nuevo proyecto histórico (Garreton, 2016). El derecho a la educación garantizado por el Estado no solamente atacaba los pilares ideológicos del modelo chileno, sino que también a los mecanismos constitucionales levantados para evitar estos cambios estructurales.

Después de seis meses de paro y protestas masivas y creativas, el movimiento concluyó con una mesa de diálogo con el gobierno que buscaba encontrar una solución que complaciera los distintos intereses en juego. Tras tres reuniones con agentes del gobierno y la tecnocracia designada por ellos, los estudiantes pusieron fin a la mesa de diálogo debido a la imposibilidad de llegar a acuerdos mínimos sobre las demandas que motivaron el movimiento. Así, la que fue la movilización más masiva del Chile postdictadura hasta ese entonces, fracasó en una fórmula ya conocida por los movimientos estudiantiles anteriores. Sin embargo, de esta ola de movilización surgió una bancada de líderes estudiantiles quienes apostaron por la institucionalidad para llevar adelante estos cambios, conformando un conglomerado de partidos políticos que se articularon en una nueva fuerza de izquierda llamada Frente Amplio. De dicho conglomerado salió el actual presidente de Chile, Gabriel Boric, ex presidente de la federación de estudiantes de la universidad de Chile (FECH), quien asumió la presidencia del país el presente año con 36 años. Junto con ello, la politización dada en las aulas debido a la efervescencia del movimiento estudiantil fue caldo de cultivo para la reemergencia una nueva ola feminista que vino a cuestionar el sexismo en la educación.

La reemergencia de la ola feminista y sus influencias en el movimiento Chile despertó

El movimiento feminista en Chile tiene una larga historia, y tuvo un rol fundamental en la resistencia a la dictadura. Fueron mujeres organizadas las primeras en movilizarse por la búsqueda de sus familiares detenidos desaparecidos en el comité 'PRO PAZ' y posterior 'Vicaria de la solidaridad', o demandando democracia en la casa y en el país como el caso del grupo 'Mujeres por la vida'. Así también, en medio de la dictadura se dieron las condiciones para que reemergiera el Movimiento Pro-Emancipación de las Mujeres de Chile (MEMCH), una orgánica colectiva feminista con antecedentes desde principios de Siglo, y que en esta nueva coyuntura histórica se transformó en una fuerza central para el retorno de la democracia. A lo largo de esta ola de protestas, se dio una tensión entre quienes predicaban una autonomía de los partidos políticos del movimiento feminista y quienes subordinaban esta lucha a la recuperación de la democracia (Alvarez & Navarrete, 2019). Posteriormente, la transición a la democracia implicó la cooptación institucional y académica del feminismo en organismos como por ejemplo el Servicio Nacional de la Mujer (SENAME), y su debilitamiento en la esfera pública de protesta.

El año 2016 el movimiento estudiantil reemergió, pero con un carácter profundamente feminista. De la ola feminista surgida en dictadura a la que emergió desde aulas universitarias se dieron muchos procesos sociales, sobre los que probablemente hay mucho aún que investigar. Se puede enmarcar en una ola mundial de protestas feministas, más ecléctica que en otros momentos, pero que buscó profundizar la igualdad sustantiva y de poder entre géneros en distintas esferas sociales, por ejemplo, en industrias como la cinematográfica o musical -movimiento conocido como #meetoo. Un punto central es el rol y centralidad del Sur global en esta lucha, donde se retoman herramientas históricas de la clase trabajadora como la huelga general y cuyo énfasis está en la violencia patriarcal. Desde Sudamérica, destaca el protagonismo de mujeres his-

tóricamente marginalizadas dentro del feminismo, como son las indígenas defensoras de la tierra quienes no solamente disputan el patriarcado, sino que también el capitalismo extractivista. Se da en un contexto largamente cimentado de crítica post-deco-anticolonial (Rivera-Cusicanqui, 2010), lo que lleva al cuestionamiento de múltiples desigualdades más allá de las sexo-genéricas y por ello a nuevas propuestas ideológicas que van más allá de los "asuntos de mujeres".

Asimismo, en el continente sudamericano donde los derechos reproductivos -asegurados en los 70-80 en el norte global- siguen siendo materia de disputa, la lucha por el aborto legal, seguro y gratuito se articula como una meta en común. Como ha sido documentado por Alvarez & Navarrete (2019) la reactivación de la protesta feminista en Chile se dio precisamente por la denegación de la entrega de la píldora del día después a jóvenes entre 14 y 18 años -de forma gratuita y sin tutor- debido a la apelación que hizo la derecha al tribunal constitucional. Después de eso, el movimiento feminista reemergió con protestas cifradas entre 3000 y 5000 personas, que se articulaban generalmente en fechas icónicas por la lucha por el derecho al aborto. Otras causas presentes durante los 2000 fueron la lucha contra la violencia de género liderada en gran medida por la 'Red Chilena contra la violencia Hacia las mujeres', lo que tuvo incidencia importante en la ley de femicidio en el año 2010 (ibid.). Destaca en este contexto el intento de femicidio de Nabila Riffo que fue un hito simbólico de violencia de género e incidió en la alta convocatoria a más de 50.000 personas en la marcha del 8M el año 2016.

El carácter estudiantil que adquirieron las movilizaciones feministas después del 2016 es sin duda una característica interesante de este movimiento en Chile. Como antecedente, ya en las manifestaciones feministas por el aborto y contra la violencia, existía articulación con centros estudiantiles y secretarías de universidades en por ejemplo la 'Coordinadora feministas en lucha'. En particular, la ola estudiantil feminista, se inicia por una serie de denuncias en universidades tradicionales como es la Universidad de Chile, debido a las constantes situaciones de acoso vividas por estudiantes de parte de académicos. De esta

chispa inicial, se pasó al cuestionamiento total de la educación sexista en el sistema educativo.

Dentro de las causas que podrían ayudar a explicar la emergencia de esta ola de protestas en las aulas universitarias, se pueden mencionar dos. Primero, un marcado carácter generacional, donde la expansión de la educación a nuevas generaciones de mujeres y disidencias ha influido en el alcance y politización de estos espacios (Alvarez & Navarrete, 2019). Segundo, las condiciones estructurales de la universidad posibilitan la organización política. El contexto en el que se desarrolla la vida estudiantil provee estructuras de oportunidad política (Reger, 2018), que permiten la continuidad entre distintas olas de movilización (Zamponi y Fernández González, 2016). Estos mecanismos de continuidad en el tiempo otorgan a los agentes que forman parte de movimientos estudiantiles la posibilidad de organizarse de forma constante incluso en contextos no aptos para ello, traspasando marcos culturales de una generación a otra con fluidez, lo que aumenta la probabilidad de poseer repertorios de protesta más constituidos en comparación con otros movimientos sociales. En este marco, también deben destacarse la instalación de académicas y centros de estudios de género en las universidades, que operaron como referentes en un campo más masculinizado.

Sin embargo, estos espacios de organización estudiantil no se encontraban abiertos a las experiencias y demandas feministas. Los partidos y colectividades políticas tradicionales de izquierda, quienes por largos años dirigieron los centros estudiantiles de las universidades centrales del país, muchas veces colapsaron el análisis de las desigualdades sociales en la dimensión socioeconómica, lo que dejó en segundo plano las desigualdades de sexo-genero. Fueron espacios donde también, porque no decirlo, reinaba la misoginia y la homofobia. Si bien estos espacios progresivamente empezaron a incorporar a líderes mujeres y a advertir estos elementos, la emergencia de colectivos políticos por fuera de estas fuerzas tradicionales de izquierda que problematizaron la situación de mujeres y disidencia sexuales, fue también caldo de cultivo

para esta ola. El encuentro entre mujeres y disidencias fue muchas veces desde lo sensitivo, desde la cotidianidad, desde el arte, desde la micro-política, donde las experiencias personales al ser compartidas emergían como problemas sociales. De esta forma, la politización emergió hacia arriba, desde las situaciones de acoso naturalizadas hacia la tematización de la posición de estudiantes en un sistema educacional marcado por el patriarcado.

La politización mediante la protesta: movimiento de masas y la reconstitución de la pertenencia en Chile

Si bien esta ola feminista y estudiantil podría ser explicada por factores como los mencionados, la posibilidad de que emergiera una movilización de masas, que fuera más allá de los sectores históricamente organizados era difícil de predecir. Desde las jornadas de protesta de dictadura no se había observado una causa política que pudiese abarcar los intereses de distintos grupos para motivar la participación masiva y transversal de la población. Así, la descomposición cultural y la despolitización se transformó en una especie de sentido común para abordar esta cuestión. Por esto, la emergencia de movilizaciones de masas en el 2019 que alcanzaron 1.5 millones de personas en las calles según estimaciones de la policía y prensa nacional sorprendió a los analistas contemporáneos.

El movimiento originado en el 2019 y denominado "Chile despertó" se destacó por ser masivo, inclusivo y sin una conducción política. Desde la perspectiva de la sociología norteamericana (Johnston, 2014) y como también fue afirmado por autores nacionales como Garreton (2004), la conducción y organización son requisitos fundamentales para la emergencia de la protesta, por lo que esta masividad sin conducción era inesperada. Sin embargo, esta misma característica acéfala del movimiento podría explicar su masiva participación y adherencia transversal.

Para explicar los ciclos de movilización de la post-transición en Chile se propuso la tesis del malestar (Ruiz, 2006; Mayol & Azócar, 2011;

Ruiz Encina & Sáez, 2012), que sostiene que existe un malestar cultural acumulado debido un modelo neoliberal profundamente desigual que no asegura derechos básicos y un mínimo de dignidad. Sin embargo, si bien esta fue una buena descripción de la situación subjetiva de las personas, dicho malestar en sí mismo no podría explicar la emergencia de la protesta, sobre todo en un país donde existe desinterés político y poca pertenencia cultural. Al mismo tiempo, los códigos de la izquierda tradicional, que sostenían prácticas y discursos no accesibles para para personas ajenas a esta esfera, actuaban muchas veces de barreras para su inclusión política.

De esta forma, una pregunta fundamental es porque gente despolitizada, que no comparte estos códigos, adhirió de forma masiva a la protesta. Esto sobre todo considerando el grave riesgo que implicaba confrontar una violencia policial que violó sistemáticamente los derechos humanos. Yáñez (2021) aborda esta cuestión a partir de un estudio cualitativo basado en la región metropolitana, donde busca comprender la participación de personas no organizadas de estratos medios en la que fue llamada la marcha más grande de Chile, el 25 de octubre, una semana después del inicio de las protestas. Así, dos mecanismos resultaron ser centrales para explicar el paso de este malestar a la participación en esta movilización de masas.

El primero fue el fuerte sentimiento de pertenencia con el resto de las personas en la protesta, motivado por la posibilidad de expresar su malestar a través de símbolos cotidianos, que se encontraban fuera de los marcos de la izquierda tradicional. Como afirma May (2011) la pertenencia implica el sentirse hacedor de las rutinas y pautas cotidianas de la sociedad, y esto es una posible explicación para la transformación social en la medida que también empodera a las personas sobre sus situaciones de vida. En este sentido y como afirman los entrevistados, el hecho que los partidos políticos y la izquierda tradicional en particular no hayan conducido el movimiento fue un elemento que posibilitó la inclusión de personas no organizadas ni politizadas en esta ola de protesta a través del ejercicio de sus propios códigos culturales.

Un segundo mecanismo fundamental en la politización del malestar es la violencia policial desatada de forma masiva contra la población civil. La represión ha sido reportada como un posible potenciador de la protesta (Khawaja, 1993), en la medida que la amenaza concreta al bienestar físico y mental visibiliza una clara línea entre ellos y nosotros. En otras palabras, actúa potenciando y definiendo la identidad colectiva del movimiento, lo que fue tematizado constantemente por las personas entrevistadas. Ello porque, aunque fueran desconocidos, los otros manifestantes compartían esta misma identidad colectiva que se veía amenazada por un enemigo común y visible. Con el trabajo de enmarcamiento cultural hecho por largos años por movimientos como el estudiantil y el feminista, se pudo identificar a la policía con la defensa de intereses de un grupo privilegiado que, pese a no estar en la protesta, se manifiesta a través de esta represión y la resistencia a hacer cambios en el modelo político y social chileno.

En este contexto, el hecho de que el movimiento feminista fue construyendo una pertenencia política desde lo cotidiano, es una de las razones que puede explicar su rol de vanguardia del movimiento chileno despertó en la segunda mitad de las movilizaciones (Parra et al., 2021). Por mencionar un ejemplo central en este análisis, una vez que la protesta había bajado su intensidad debido al desgaste producido por una inteligencia policial que se rearmó rápidamente, la aparición de la performance de Lastesis -un colectivo político y artístico originado en la V región de Valparaíso- "Un violador en tu camino", volvió a poner al movimiento en primeras planas a nivel mundial. Esta performance denunciaba la violencia policial como una larga cadena de violencias que vulneran sobre todo a mujeres y disidencias sexuales y se origina en el Estado. Lo hacía mediante un baile, fácilmente reproducible y adaptable a distintos contextos, incluso internacionales. Desde fines del 2019 hasta la huelga feminista del 8M 2020 se siguió cimentando este camino junto a otras fuerzas sociales, logrando convocar lo que fue la protesta más masiva registrada hasta ahora en la historia de Chile, con más de 2

millones de personas en las calles.

Así, en un Chile con malestar acumulado por décadas con una descomposición social que llevaba a la despolitización y aislamiento, se reconstituyó una incipiente pertenencia cultural a través de la participación política en este movimiento. El recorrido y análisis de los movimientos estudiantiles y feminista revela cómo la expansión de la política partidista a la micropolítica fue un elemento central para este proceso, en la medida que la participación desde lo cotidiano generó un sentimiento de pertenencia fuertemente debilitado en Chile. Esto implicó la democratización de la protesta que fue más allá de los sectores históricamente movilizados a una movilización de masas. Sin embargo, este potencial político se canalizó institucionalmente mediante el proceso constituyente que condujo a la creación de una nueva carta magna. Lo anterior plantea tensiones interesantes para el movimiento que serán analizadas en el próximo apartado.

Del movimiento de masas a la salida institucional

El 15 de noviembre de 2019, los presidentes de los distintos partidos políticos de izquierda y derecha emitieron una declaración donde confirmaban su voluntad por realizar un cambio constitucional. Desde un punto de vista histórico, se puede considerar que el proceso de transformación constitucional fue una consecuencia de los ciclos de movilizaciones vividos desde los 2000. Aun cuando la demanda por una asamblea constituyente fue elaborada por organizaciones y partidos políticos, sin la masividad alcanzada en aquellas protestas no hubiesen existido las presiones necesarias para desencadenar el proceso. Esto plantea un elemento interesante de análisis: la propuesta de canalización de estas demandas en un proceso constituyente fue una apuesta política propuesta para conservar la estabilidad institucional del sistema político. Con posterioridad, la coalición de izquierda Apruebo dignidad conformado entre otros por los partidos políticos surgidos de las movilizaciones estudiantiles tales como Revolución democrática y Convergencia social

además del Partido Comunista históricamente excluido del pacto transicional apoyó fuertemente el proceso y llamó explícitamente a aprobar la nueva constitución. Estos actores fueron quienes apostaron por que la salida a los conflictos profundos en relación con el modelo neoliberal pasaría por una nueva constitución.

El proceso constituyente, en términos sintéticos, consistió en tres elecciones. La primera el plebiscito de entrada votado el 25 de octubre del 2020, donde se aprobó cambiar la constitución con un 78,8% de las preferencias, en la modalidad de Convención constitucional que implicaba la elección popular de las personas que redactarían la nueva constitución. Segundo, la elección de los convencionales constituyentes encargados de redactar la nueva constitución los días 15 y 16 de mayo del 2021 donde 155 candidatos fueron electos para esta tarea y trabajaron durante un año en ello. Tercero, el plebiscito de salida que buscaba ratificar la nueva constitución elaborada por estos constituyentes, donde se implementó por primera vez votación obligatoria, lo que implicaba un costo importante para quienes no quisieran ejercer su derecho a voto. En esta elección ganó la opción *rechazo* con un 61,9% de las preferencias y una participación electoral del 85%, lo que es comparable con la tasa de participación del plebiscito para salir de la dictadura del año 1989 (93,3%). Es importante recalcar que el proceso chileno fue observado a nivel regional e internacional no solamente por el referente que representaba el modelo chileno en cuanto a instauración del neoliberalismo, sino que también porque la constitución creada fue considerada una de las más progresistas del mundo y que aseguraba una cantidad récord de derechos sociales (New York Times, 2022).

Así, a continuación, se presentan algunas claves iniciales de lectura de estos resultados a luz de las características de la movilización de masas que ya han sido mencionadas con anterioridad. Dichas claves no pretenden agotar el análisis sobre este proceso que aún sigue en curso, por el contrario: la novedad de los hechos obliga a abrir una discusión profunda sobre los distintos elementos que han intervenido. La tensión

existente entre los procesos de movilización y articulación social, y la institucionalidad, es una constante que acecha de forma transversal a los ciclos de protesta. Esto porque las dinámicas propias del movimiento social, sus tiempos y formas suelen contrastar con las dinámicas de una institucionalidad que suele pujar por su propia conservación. El movimiento Chile Despertó impugnó lo establecido, y en ello la institucionalidad que lo sostiene; sin embargo dicha impugnación, cuando logra una posición hegemónica que posibilita transformaciones, se objetiva en institucionalidad. Así, lo sucedido revela elementos interesantes para el análisis de esta dinámica que pueden ser relevantes para otros casos más allá de Chile.

Para comenzar, diversas encuestas previas al plebiscito de salida daban de ganador al rechazo, en una menor proporción incluso que la obtenida en la realidad. Una interpretación mayoritaria de los resultados del plebiscito por parte de quienes se movilizaron por el apruebo enfatiza la manipulación mediática que hicieron los grupos de poder y que desvió los contenidos reales de la constitución. Pese a que en efecto existió una campaña de desinformación y ‘fake news’ desplegada con fuerza en redes sociales, la transversalidad del rechazo -que ganó en todas las regiones del país y en diferentes grupos sociales-, obliga a analizar esta cuestión con más cuidado. Esta elección, con voto obligatorio, convocó a casi 13 millones de personas a votar, de un padrón de 15 millones, representando una tasa de participación del 86% (Fernández & Guzmán, 2022). Considerando esto como punto de partida, se proponen tres claves extra para la lectura inicial de los resultados del último plebiscito.

Una primera clave radica precisamente en una de las características que explican la masividad del movimiento de masas: la construcción de una pertenencia cultural que lleve a la politización. Como fue advertido por el estudio panel de Plataforma Contexto (2022), que por un año ha seguido a un grupo de personas en relación con sus opiniones y sentires con respecto al proceso constituyente, existiría un voto de rechazo

que surge de la frustración respecto de las expectativas iniciales. Las personas involucradas afirman que tienen un sentimiento de distancia respecto del proceso, que se percibe como no inclusivo, no representativo y donde no hay un clima de diálogo que permita incluir a las mayorías del país. Por ejemplo, conceptos como lo plurinacional simplemente no se entienden y esto genera desconfianza. Considerando que la masivida y la legitimidad del movimiento 'chile despertó' radica entre otras cosas en un sentimiento de pertenencia cultural, pareciera que el proceso constituyente expresó una lógica diferente: la lógica del sistema de partidos políticos desconectados de las masas que había sido fuertemente criticado por los sentidos de la revuelta. Así, si bien los movimientos sociales se incorporaron a la revuelta y trataron de ejercer un rol mediador con las masas no organizadas del país, interpretaron mucha de la agenda política propia como algo legitimado por la sociedad.

En relación con esto, una segunda clave radica en las distancias ideológicas con algunos de los principios políticos que sostenía esta constitución y que habían sido impulsados por los movimientos sociales de la post-transición, protagonizados por capas más intelectuales de la sociedad. En esto es central las diferencias generacionales con la mayoría de la población: si bien los artículos más progresistas de la constitución contaban con la aprobación del segmento de 18 a 29 años, estos son solo el 20% del padrón electoral (EMOL, 2022). Así mismo, un análisis del padrón electoral realizado por Fernández & Guzmán (2022) con los resultados del plebiscito de salida confirma que las comunas donde obtuvo mayor porcentaje el rechazo también son las comunas donde mayor parte de las personas declara ser parte de la religión evangélica, alcanzando una diferencia de casi 48% entre ambas opciones. Estos elementos podrían indicar que el sentimiento de no inclusión en el proceso tendría su correlato con la distancia con agendas progresistas de movimientos y partidos políticos.

Finalmente, un tercer factor involucrado tiene que ver con el voto de castigo al gobierno y en general al sistema político. La desafección con la política en Chile ha sido una tendencia constante en la post-tran-

sición, marcada por el cuestionamiento a los partidos políticos, la falta de representatividad de ellos y un efecto negativo en la participación política (Pavlic & Arévalo, 2019). El carácter acéfalo del movimiento 'Chile despertó' era un síntoma también de esto, en la medida que las personas protestantes expulsaban a los partidos políticos, sus banderas y estandartes de las protestas. La masividad también se debió a que el movimiento, al menos en sus inicios, no fue vinculado a la política partidista de la cual se desconfiaba.

La encuesta Pulso Ciudadano (2022) indicó que el presidente Boric, después de solo 6 meses de ejercicio, presentaba una desaprobación de 54,4%. Más allá de hacer una evaluación de la gestión del gobierno del Boric, es importante decir que el pacto que lo llevó al triunfo -Apruebo dignidad- se cimentó precisamente en el proceso constituyente como uno de los pilares del programa. Por tanto, la imagen del presidente, el gobierno y la nueva constitución estaban profundamente ligadas. Así mismo, es probable que este partido, pese a su novedad y a que emergió desde los movimientos sociales, sea percibido como parte del mismo sistema que causa desafección. De esta forma, se puede hipotetizar que una razón detrás del rechazo fue un voto de castigo al gobierno de Boric, su gestión, pero también al sistema político del que forma parte.

Comentarios finales

El movimiento social de masas que emergió en octubre fue capaz de convocar a las personas de forma transversal precisamente porque significó una reapropiación de la política, más allá de la desafección causada por un sistema establecido para asegurar la estabilidad institucional del pacto transicional. Desde sus significados cotidianos las personas pudieron expresar un malestar sistémico de forma política, reconstituyendo un sentido de pertenencia cultural embrionario y un empoderamiento de sus propias condiciones de vida. Esto posteriormente fue conducido institucionalmente por los partidos políticos, y tomó la forma de proceso constituyente al cual otros movimientos sociales se fueron

plegando. Sin embargo, es importantísimo recalcar que esto no fue la motivación inicial para la protesta, puesto que las personas se manifestaron en general por demandas específicas asociadas a los efectos negativos del modelo chileno en sus vidas. Así, la politización y los sentidos dados a este movimiento, el “despertar del Chile” no debiese ser reducido al fracaso o no del proceso constituyente.

Sin embargo, lo que sí implicó el proceso constituyente fue una transformación institucional profunda conducida no por los partidos políticos tradicionales, si no que por movimientos sociales y los nuevos partidos políticos que también, de una u otra forma, emergieron de estos. Si bien este primer borrador de la constitución fue rechazado, el proceso constituyente sigue abierto como ha sido afirmado por el presidente con antelación a las votaciones y por los líderes de partidos políticos de centro derecha e izquierda. Esto en un contexto post pandemia que ha conllevado una crisis económica y el debilitamiento del movimiento social. En este sentido, el rechazo de la constitución ha sido interpretado como una vuelta del control de este proceso a los partidos políticos tradicionales y los intereses que representan, un pacto transicional que debe considerar “a todos”, incluyendo los intereses de grandes nichos económicos que se vieron blindados por décadas por la constitución de Pinochet. Por ello, es altamente probable que los rasgos más progresistas de este texto, que atentan contra estos intereses, sean eliminados.

Lo anterior debiera plantear autocríticas para quienes en una apuesta por lo institucional buscaron plasmar la lucha dada por años en una nueva constitución. Es innegable que el texto redactado obedeció en muchos sentidos a las demandas políticas que distintos movimientos han ido planteando en la post-transición. Así, también representó las demandas por mayor garantía de derechos sociales que se expresaron en las calles. El primer borrador de la constitución pasará a la historia como uno de los más progresistas del mundo. Sin embargo, es importante recordar que Chile vivió cuarenta años con la constitución de

dictadura y que todo este proceso se inició cuatro años atrás. Por ello, el proceso será probablemente mucho más lento que lo esperado y es necesario aprender para lograr los cambios que el país demanda y necesita.

Es muy probable, como se afirmó antes, que el *rechazo* no sea a todo el contenido de la constitución, sino que a ciertos rasgos que no se condicen con la situación cultural y valórica de la mayoría de la población y a la desconexión que percibió la ciudadanía del proceso. Así, no hay que olvidar que muchos de los líderes de movimientos sociales y partidos políticos de nuevo cuño surgieron de las universidades, donde ideas como lo plurinacional y el aborto libre están a estas alturas más normalizadas. Pero no todas las personas de Chile comparten estos contextos y sentidos, y eso no implica una manipulación mediática o falta de conciencia. Los participantes de este movimiento están muy conscientes de sus contextos y necesidades inmediatas. Las personas en su mayoría salieron a movilizarse por una mejor educación, trabajo digno, mejores pensiones, pero el salto hacia por ejemplo un estado plurinacional o incluso el reconocimiento de derechos sexuales reproductivos son demandas de un distinto calibre.

Así, la pregunta aquí para quienes siguen sosteniendo este proceso es como se trabaja desde las bases para que el proyecto progresista, en su amplitud, sea algo que haga sentido transversalmente, más allá de quienes provienen de contextos donde estas ideas son normales y deseables. El movimiento de masas y su potencial destabilizador fue lo que permitió un proceso constituyente y toda transformación real del modelo pasará por su fuerza desplegada. Son los pueblos los que permiten el avance de la historia. Esto no significa renunciar a los ideales de plena igualdad que movimientos estudiantiles, feministas, antirracistas, anti-especistas, indígenas y de disidencias sexuales han venido posicionando por tiempo. Pero si implica la autocritica de hacer lecturas y programas políticos que consideren a los pueblos su situación subjetiva, su protagonismo y una profunda conexión con los procesos políticos dados. Después de todo, cuatro años de efervescencia social muy difícilmente

destruirán el legado de la dictadura. Pero el accionar de los pueblos en octubre de 2019 e incluso la masiva participación en el plebiscito deberían ser leídos como potencial de transformación y no como una derrota política.

Referencias

- Álvarez, S.L., & Navarrete, A.B. (2019). Cronología del movimiento feminista en Chile 2006-2016. *Revista Estudios Feministas*, 27(3), 1-15.
- Araujo, K., & Martuccelli, D. (2012). *Desafíos comunes: retrato de la sociedad chilena y sus individuos*. LOM.
- BBC News (2019). *Protestas en Chile: la histórica marcha de más de un millón de personas que tomó las calles de Santiago*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-50190029>
- Bengoa, J. (1988). La educación para los movimientos sociales. En: A. van Dam, J. Ooijens y P. Gerhard. (edit.) *Educación popular en América Latina*. CESO.
- Bustamante, R. (2011). Protesta estudiantil en Chile: "la mayor desde el regreso a la democracia". *BBC News*. http://www.bbc.com/mundo/noticias/2011/06/110623_chile_estudiantes_revolucion_cch
- Espinoza, V., Barozet, E., & Méndez, M. (2013). Estratificación y movilidad social bajo un modelo neoliberal: el caso de Chile. *Laboratorio* (25), 169-191.
- Fernández, M. & Guzmán, E. (2022). *Resultados Plebiscito 2022: Análisis comunal sobre decisión de voto y participación*. Universidad del Desarrollo.
- Garretón, M. A. (2001). *Movilización popular bajo el régimen militar en Chile: de la transición invisible a la democratización política. Poder y protesta popular*. Movimientos sociales latinoamericanos. Siglo XXI Editores.
- Garretón, M. A. (2004). *América Latina en el siglo XXI. Hacia una nueva matriz sociopolítica*. LOM.

- Garretón, M. A. (2016). Crisis de representación, movilizaciones sociales y elecciones presidenciales 2013 en Chile. En Mayorga, F. (comp.). *Elecciones y legitimidad democrática en América Latina*, CLACSO, 15-37.
- Goicovic, I. (1996). Movimientos sociales en la encrucijada. Entre la integración y la ruptura. *Última década*, (5), 1-14.
- Johnston, H. (2014). *What is a social movement?* John Wiley & Sons.
- Khawaja, M. (1993). Repression and popular collective action: Evidence from the West Bank. *Sociological Forum*, 8(1), 47-71.
- May, V. (2011). Self, belonging and social change. *Sociology*, 45(3), 363-378.
- Mayol, A., & Azócar, C. (2011). Politización del malestar, movilización social y transformación ideológica: el caso "Chile 2011". *Polis*, 10(30), 163-184.
- Moulian, T. (2002). *Chile actual. Anatomía de un mito* (3 ed.). LOM.
- New York Times (2022). *Chile votará por una Constitución que busca reconocer una cantidad récord de derechos*. <https://www.nytimes.com/es/2022/09/03/espanol/chile-constitucion-voto.html>
- Parra, F., Vergara, C., y Yáñez, Y. (2021) Continuidades del terrorismo estatal de las dictaduras argentina y chilena: epistemologías feministas para comprender la Violencia Político Sexual ejercida en el «Movimiento Chile Despertó». *Actuel Marx Intervenciones*, (1), 196-218.
- Pavlic, R. D., & Arévalo, R. M. (2019). Chile 2010: la desafección política y su impacto en la participación política convencional y no convencional. *Revista del CLAD Reforma y Democracia*, (73), 189-226.
- PNUD. (2002). *Nosotros los chilenos: un desafío cultural*. Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo Humano.
- Reger, J. (2018). Academic opportunity structures and the creation of campus activism. *Social Movement Studies*, 17(5), 558-573.
- Rivera Cusicanqui, S. (2010). *Ch'ixinakax utxiwa. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Tinta limón.

- Ruiz Encina, C. (2006). ¿Qué hay detrás del malestar con la educación? *Análisis del Año*, (9), 33-72.
- Ruiz Encina, C., & Sáez, B. (2012). La irrupción de los hijos de la modernización. *Análisis del Año*, (14), 27-43.
- Ruiz, C., & Boccardo, G. (2015). *Los chilenos bajo el neoliberalismo: clases y conflicto social*. Nodo XXI/ El desconcierto.
- Urzua, J.M., & Calderón, M. (2020). Economía moral y estallido social: no son 30 pesos, son 30 años. La crisis del neoliberalismo en Chile. *Antropologías del Sur*, 7(14), 283-298.
- Valdivia, V., Álvarez, R., & Donoso, K. (2012). *La alcaldización de la política, los municipios en la dictadura pinochetista* (Primera ed.). LOM.
- Valdivia, V., Álvarez, R., & Pinto, J. (2006). *Su revolución contra nuestra revolución, tomo 1*. LOM.
- Yáñez, L. (2021). *How does personal identity engage with collective identity? Exploring life projects of non-organized participants of the "Chile Awoke" movement*. [Tesis magister, Universidad de Manchester].
- Zamponi, L., & Fernández González, J. (2017). Dissenting youth: how student and youth struggles helped shape anti-austerity mobilisations in Southern Europe. *Social Movement Studies*, 16(1), 64-81.

Tensions between the mass movement and the institutional path: an analysis of the “Chile Awakened” movement

Lidia Yáñez Lagos

<http://orcid.org/0000-0001-8561-7461>

Universidad de Manchester, Facultad de Sociología, Manchester, Reino Unido
lyanezlagos@gmail.com

Abstract

This essay aims to analyze the tension between institutionality and mass social movements based on the case of the ‘Chile awoke’ movement, which developed from October 2019 to March 2020. In order to do this, the essay begins contextualizing Chilean democracy after the dictatorship and the re-emergence of social movements. Subsequently, it explores the tensions with the institutionality of the Chilean student and feminist movements, which are the most relevant in recent decades. In the following section, the emergence of Chile awoke movement and its characteristics are examined, trying to reveal the reasons for its massiveness and the role of non-politicized or organized people in it. The text ends with some comments on the recent results of the constitutional process undertaken as a result of these protests, revealing some keys to understanding the possibilities and limits of the institutionality to canalize the demands of the mass movement.

Keywords: ‘Chile awoke’ movement, political disaffection, belonging, mass movement, institutional path, feminist movement, student movement.